

**IMPOSICIÓN DE LA ORDEN DEL FUNDADOR FRAY  
CRISTOBAL DE TORRES AL RECTOR DE LA  
UNIVERSIDAD DEL ROSARIO, GUILLERMO SALAH  
ZULETA.**Bogotá. Julio 30 de 2001

Quienes han sido alumnos de Guillermo Salah tienen de él una imagen imborrable: la de su estampa delgada, prolongada aún más por un cigarrillo en la boca, rondando con 15 minutos de anticipación el salón donde daría clase. Como si los relojes le siguieran el paso, siempre ha llegado antes que el más puntual de sus estudiantes. Nunca, que yo sepa, se ha retrasado. Nunca, a pesar de los trancones y las gripas, ha dejado que el tiempo se le adelante. Como el filósofo Kant, de quien se cuenta que sólo cambió el horario de sus caminatas matutinas el día en que recibió la noticia de la revolución francesa, el maestro Salah acude a las clases con un insobornable rigor marcial. A la hora señalada, ni un segundo antes ni uno después, se cierra la puerta. Herméticamente. Adentro queda una magistral lección de derecho y afuera, sin poder replicar, uno que otro estudiante para quien los relojes no son tan buenos aliados.

Esta imagen, que comparten varias generaciones de abogados rosaristas, no es casual. Es sólo una muestra de

ese rigor, esa convicción y esa entrega que caracterizan a Guillermo. Estricto como un monje o un gimnasta, nunca ha cesado en su empeño en enseñar que la disciplina no es el fin de la creatividad y el éxito sino que es su más seguro comienzo. Su rigurosa dedicación al estudio del derecho, de la cual hemos bebido muchos, antes y después de concluida nuestra formación como abogados, es una parte de una rectitud y un orden que, más allá de lo meramente académico, es la señal que lo distingue, con letras mayúsculas, como un verdadero maestro.

Por eso, en sus prestigiosas cátedras universitarias, pero también en la rectoría del Rosario y, aún más allá, en su conducción de la Asociación Colombiana de Universidades - ASCUN-, ha querido imponer las más altas metas a la educación superior en el país. Convencido de que en ella no sólo radica el desarrollo económico sino que reposa la posibilidad de tener un orden más justo y unos mejores ciudadanos, ha trabajado incansablemente por ajustarla a los exigentes estándares internacionales pero, a la vez, otorgándole la misión de comprometerse, sin reparos, con los problemas nacionales.

Su trabajo en pro de la educación superior ha desbordado incluso nuestras fronteras y, por eso, en la Declaración de Madrid, suscrita por los rectores de instituciones de educación superior de la Comunidad Andina, se ha sumado a quienes conciben un sistema universitario capaz de asumir los retos de la globalización; de mejorar la competitividad de nuestros países, de incorporar nuevas tecnologías, pero también de promover solidaridades regionales y de mejorar nuestros niveles de equidad.

Sin embargo, fuera de la vida académica, donde ha dejado un legado imborrable, también ha mantenido un compromiso con el fortalecimiento de nuestras instituciones democráticas. Baste recordar que, a los 26 años, cuando mi padre era el Primer Mandatario del país, fue asesor de la Secretaría Jurídica de la Presidencia de la República, y que 26 años después, tras una brillante carrera en la que colaboró muchas veces con el sector público, participó en la Comisión Temática para la Paz de mi gobierno.

No es de extrañar entonces que, siguiendo esa vocación de servicio al país desde los más distintos horizontes, se encuentre ahora presto para viajar al África para

desempeñarse, sin lugar a dudas con el mayor de los éxitos, como Embajador de Colombia ante el Reino de Marruecos. Allí seguirá sirviendo al país, porque, tanto en las aulas como fuera de ellas, Guillermo Salah ha sido un predicador de los valores democráticos y un amante incondicional del bienestar de su patria.

En ese sentido, ha sido un continuador de ese espíritu que, desde sus orígenes, animó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. No sobra recordar que en este claustro, mi querido claustro rosarista, donde los primeros estudiantes practicaban una disciplina monacal, una parte de sus deberes era participar directamente en la conducción de la universidad. La preocupación por la vida en comunidad ha sido siempre una distinción propia de los rosaristas. Por ello, no es casualidad que 29 presidentes de la historia republicana de Colombia hayan crecido, de intelecto y corazón, entre los muros de la universidad de Fray Cristóbal de Torres. De esta “cuna de la república”, en la cual las virtudes del pluralismo y el patriotismo son flores silvestres, Guillermo Salah es un magnífico representante.

De una u otra manera, todos los rosaristas somos médicos. Hemos sido guardianes de la salud pública, y no es sólo por el hecho de que Felipe IV hubiera autorizado a Fray Cristobal para enseñar la medicina en la Nueva Granada. Sea cual sea nuestra profesión, hemos cuidado ese cuerpo inmaterial que es la nación y hemos procurado, como *“ilustradores de la república”*, asentar en ella los más altos principios. No sólo los Caldas, los Lozano o los Mutis, sino todos los rosaristas, le hemos inyectado una dosis de virtudes cívicas al país, hemos medido la temperatura de los acontecimientos y hemos intentado curar, en más de una ocasión, las más dolorosas heridas.

La Orden del Fundador Fray Cristóbal de Torres, que hoy le entregamos a Guillermo Salah Zuleta, es un reconocimiento a un hombre que ha conservado con el mayor empeño esa tradición. Nadie como él representa tanto ese pasado glorioso pero tampoco nadie, como nuestro querido profesor Salah, le ha dado tanto actualidad y vigor. *“Nova et vetera”*. Ante tal doble condición, nos vienen a la memoria las palabras del recordado rector del Colegio Mayor, Monseñor Rafael María Carrasquilla: *“No es el Colegio monumento inmóvil destinado a resistir los embates del tiempo como las pirámides o la*

*esfinge; sino, al contrario, organismo vivo, capaz de crecimiento y perfección: idéntico a sí mismo en la substancia, variado y movable en los accidentes”.*

Hombres como el Profesor Emérito Guillermo Salah, portadores del más genuino espíritu rosarista, fieles cristianos, disciplinados eruditos, líderes de su sociedad y guías de la juventud, son los que nos animan a seguir adelante y a enfrentar, a pesar de todos los obstáculos, la epopeya de construir una nación.

Bien dijo el doctor Salah, el digno destinatario de este homenaje que le rinde una Universidad que él ha ayudado a engrandecer, en alguna ocasión: *“La crisis de nuestra época corresponde a la de un país en plena formación, con enorme fuerza y capacidad de supervivencia, que mal puede considerarse derrotado, y que más bien tiene que asumir los retos que se le presentan y buscar definiciones que permitan utilizar, de manera constructiva, ese tremendo dinamismo, esa creatividad y ese ingenio que anidan dispersos en el seno de la sociedad colombiana, pero que reclaman unidad de propósitos y capacidad de concertación”.*

El profesor Salah tiene razón: ¡Colombia no está derrotada! ¡Colombia es triunfadora, y no sólo por ser la flamante campeona de la Copa América, una alegría que todavía resuena en nuestros corazones! ¡Colombia está asumiendo los retos que se le presentan y, al igual que Guillermo Salah, lo hará con excelencia!

Muchas gracias